

El cansancio de las pasiones

Bettina Calvi

**El cansancio de las pasiones**  
Las relaciones amorosas  
en la posmodernidad

 **Lugar**  
Editorial

Calvi, Bettina

El cansancio de las pasiones : las relaciones amorosas en la posmodernidad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2014.

144 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-892-459-9

1. Psicología. 2. Relaciones de Pareja. I. Título

CDD 155.645

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez

Edición: Mónica Erlich

© Bettina Calvi

*A mis hijas Camila y Sabrina,  
dos apasionadas por la vida,  
dos luchadoras que iluminan  
con su inteligencia y sus risas  
cada día de mi vida.*

ISBN: 978-950-892-459-9

© 2014 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4921-5174 / 4924-1555

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/Lugareditorial

---

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

## Palabras preliminares

Escribir sobre el amor es una difícil tarea. Los paisajes suelen ser engañosos, podrían dar la impresión de ser solo el telón detrás del cual maravillas y miserias se entrelazan.

Vivimos en un acelerado tiempo donde se han olvidado las ceremonias mínimas. Ceremonias que inauguran la escena amorosa. No se trata de los rituales del amor romántico, sino de pequeños actos que muestran que registramos a ese hombre o a esa mujer que tenemos frente a nosotros. Que le otorgamos un espacio y tiempo –por más breve que ese encuentro sea– en nuestras vidas

Es decir, tratamos al otro como un semejante y no como a un objeto.

Escucharán ustedes discursos cínicos, otros escépticos, otros tristes, algunos leves y por qué no, también, algún discurso apasionado que parezca casi fuera de época. Escucharán a mujeres, que agitadas por los aires del feminismo, saben e incluso disfrutan de estar solas y, por esa misma razón, estar con un hombre es una elección y no una necesidad.

Mujeres que –como yo misma– encuentran en la amistad, ese lugar donde sentirse a salvo cuando las cosas no salen como se esperaban, en el trabajo, en el amor, en la vida misma.

En fin, el tiempo pasa, y aún en esta época atormentada seguimos añorando las pasiones. Esas pasiones que encontramos, muchas veces, cansadas, al borde del hastío. Y sin

embargo, allí está, allí estamos, hablando, escribiendo sobre ellas.

Por mi parte, me pregunto qué haría una sin pasiones. Yo, seguramente nada, porque mi primera pasión que no se cansa, a pesar de los avatares de la existencia, es precisamente estar viva.

## Prólogo

### LA REINVENCIÓN DEL AMOR

JUAN CARLOS VOLNOVICH

Un abismo separa la naturaleza de la cultura; un abismo separa la biología de lo humano, no obstante, no han cesado los intentos de encontrar en las leyes de la naturaleza la esencia de lo humano. Así, la poligamia “esencial” de los varones tendría su fundamento en la evidencia de una multitud de especies animales en las que el macho copula con una infinidad de hembras, mientras la reproducción recae en la biología de las hembras.

Estoy en un crucero por el Canal de Beagle rumbo a la Isla Martillo. El guía de turismo nos anticipa que allí nos encontraremos con una de las pingüíneras más pobladas del mundo. “Los pingüinos son las únicas aves vivientes no voladoras adaptadas al buceo propulsado por las alas”, nos dice. “Los pingüinos son capaces de retener la mayor parte de su calor corporal y esta adaptación les permite habitar las regiones más frías”, nos dice. “Su plumaje...bla...bla...”

“El pingüino emperador es conocido principalmente por su singular ciclo reproductivo: cada año repite un largo viaje para aparearse. Llegado a la colonia, el macho sin pareja inicia el cortejo permaneciendo en un lugar visible para una

demostración orgástica que consiste en colocar la cabeza en el pecho antes de jadear rítmicamente emitiendo sonidos. Es entonces cuando una hembra se le coloca de pie, frente a frente; cara a cara; de manera especular ambos elevan la cabeza y el cuello y mantienen esta postura durante varios minutos hasta que uno de los dos hace una profunda inclinación ante su pareja –sitúa su pico cerca del suelo– su pareja le corresponde con una reverencia y...copulan. Una vez emparejados, se desplazan juntos caminando con su bamboleo característico a lo largo de la colonia. Poco después, la hembra pone un único huevo que es incubado por el macho, mientras ella regresa al mar para alimentarse. El macho pasa casi setenta días del invierno incubando el huevo en una especie de bolsa de anidamiento apoyándolo sobre la parte superior de sus patas para impedir que toque el suelo y protegiéndolo con su plumaje ventral inferior. Los pingüinos son monógamos y fieles...”, dice el guía.

Me sorprende la exclamación de la turista que está sentada a mi lado: “¡Quiero uno así!” grita sin pudor alguno.

En el libro que tiene usted en sus manos, Bettina Calvi reclama “uno así”, pero se encarga muy bien de caracterizar una época protagonizada por vínculos conyugales lábiles, efímeros, intrascendentes, desapasionados, muy alejados del modelo “natural” de los pingüinos.

Transitando por el camino iniciado por Freud en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, con *El cansancio de las pasiones* Bettina Calvi se aboca a la deconstrucción de una cultura cuyo impacto en la constitución del aparato psíquico y en las relaciones entre los géneros ha dado lugar a cápsulas individualistas que alternan con contactos violentos y mortíferos. Y así, la autora se encuentra con un sujeto posmoderno que circula por la vida como esquiador sobre el agua; que se desplaza a toda velocidad; que roza la superficie sin dejar marca; esquiador con traje de neoprene para que las salpicaduras resbalen; esquiador que si se detiene, cae.

Del texto que continúa este prólogo se desprende que en esta era del capitalismo tardío ya no se trata de producir a toda velocidad, ya no se trata de vivir a toda prisa, sino de destruir deprisa. Antídoto de las pasiones, nuestra producción ya no se define por la rápida instalación de mercancías, sino por el consumo y la velocidad para destruir y descartar mercancías. (Dicho sea de paso: también “mercancías humanas”). Porque en esta era del capitalismo tardío la supervivencia se juega en la posibilidad de subirse al tren del consumo...y de la velocidad de consumo. El consumo tiende a ser considerado como una de las principales religiones laicas en función de su omnipresencia en la vida cotidiana de los seres humanos y como factor de socialización, desde que neutraliza el peligro siempre presente de la exclusión, la marginación, el abandono y la muerte. El consumo, pero por sobre todo el dominio de la velocidad de consumo, se ha convertido en un arma muy poderosa para la producción de ilusiones, aunque sea muy débil para la producción de sentido.

La ideología que supone que el desarrollo de la ciencia y la tecnología están al servicio del mayor *confort* de hombres y mujeres en las ciudades modernas; la ideología que supone que ese *confort* equivale a preservarse de la muerte y del deterioro que el transcurrir de la vida produce en el cuerpo, puede funcionar, en tanto reprima su reverso fantasmático: el goce producido por la destrucción y la autodestrucción. El progreso, el desarrollo de la ciencia y de la técnica, tienden a liberarnos de las restricciones que la naturaleza nos impone pero, al mismo tiempo, corren el riesgo de reducir nuestra expansión a la nada. La ciencia y la técnica producen distancias cada vez menores; esa distancia que nuestros cuerpos, nuestros movimientos, necesitan para ejercer su libertad; ese espacio para desplazarse que la velocidad anula. Y en el final, la velocidad al extremo, supone la abolición del espacio y la evaporación de las pasiones.

Las ideologías reaccionarias nos han acostumbrado a considerar la distancia como una “tiranía” y a alentar una ilusión: la hiperconexión, la proximidad como signo de progreso. La separación entre los individuos, percibida hasta ahora como un gesto de aspereza, como una relación que se interrumpe, debería volver a pensarse y, si acaso, inscribirse como un indicio positivo. A la significación amorosa de la atracción inmediata y de la seducción recíproca al instante le sucedería, tal vez, la significación positiva del rechazo o, al menos, de la lentitud extrema del tacto y del contacto entre los cuerpos, entre los lugares del cuerpo. Con el acostumbramiento a la hipnosis de las altas velocidades, con la omnipresencia instantánea de los diversos lugares del cuerpo territorial y humano, la simple proximidad de un contacto tiende a abolir las pasiones. “Esa duración sin duración, ese lapso, ese rapto, ese instante de un instante que se anula, esa velocidad infinita que se contrae en una especie de detención o de prisa absolutas, ésa es una necesidad con la cual ya no se trapacea: explica que uno se sienta siempre retrasado, y que por lo tanto, a la vez, se ceda siempre a la precipitación, en el deseo de hospitalidad o en el deseo *como* hospitalidad. En el corazón de una hospitalidad que siempre deja que desear.”<sup>1</sup>

La velocidad del encuentro puede llevarnos a confundir el contacto con el impacto. La ausencia de preliminares en el paso fronterizo, la brutalidad del desembarco de un pasajero en el aeropuerto, encuentra su analogía con el *rendez-vous* de las parejas. Las reglas de cortesía, el simulacro de recibimiento, los rituales amorosos, la hospitalidad primitiva, son reemplazados por el contacto franco, la penetración directa, el intercambio sin vueltas.

Nuestra vida en el universo de la velocidad, nuestra condición de personajes de la ciudad de tránsito, turistas que

<sup>1</sup> Derrida, J y Dufourmantelle, A (2000) *La hospitalidad*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.

viajamos hacia ninguna parte, nos instala en un mundo infantil donde parecería ser que todo deseo puede ser satisfecho de inmediato haciendo bueno el tema de Sumo: “No sé lo que quiero, pero lo quiero ya”. Entonces, nuestra vida se reduce a protagonizar un viaje pleno de encuentros sexuales casuales. Las relaciones amorosas tienden a ser superficiales y pasajeras, con poca tendencia a transformarse en verdaderos vínculos. Al abolir la pérdida por la sustitución, faltan la nostalgia y el anhelo del reencuentro. La memoria se evapora, el duelo no existe. Pasiones debilitadas auguran que nada extraordinario suceda en ese tiempo donde todo sucede. Los supuestos encuentros, pierden su calidad de acontecimientos anulando la capacidad de producir un desajuste en la estructura cíclica. La diacronía expuesta a las continuas variaciones de lo mismo se convierte en una sincronía de lo sucesivo. Llegamos así, a transitar por la cultura de lo efímero renovable, que descarta el pasado y hace caso omiso del futuro. De modo tal, que al desplazarnos en el tiempo a toda velocidad, no somos protagonistas de una transgresión que libera el deseo constreñido por la ley. Si de alguna libertad se trata, es la de oponer el accidente a la banalidad del sin-sentido, entendiendo accidente en su acepción topológica: lo que altera la uniformidad. “Contratiempo organizador”, le dirá Derrida.

Habitamos un tiempo que la velocidad contrae. Así, la insatisfacción por el espacio reducido a pura velocidad, la frustración por el movimiento condenado a la pura aceleración, está en la base de la intimidad evaporada. De ahí que el aumento de la agresividad se convierta en una constante, ya que existe un lazo de causalidad indisoluble entre la hipervelocidad y la hiperviolencia. Por eso, nada nos impide considerar la exageración de los estímulos, el reemplazo de las novedades, la oferta de alternativas exóticas, extravagantes, como vanos intentos de lidiar con la indiferencia, que está en la base de una pasividad en la acción y una anestesia en la percepción.

En el libro que tiene usted en sus manos, Bettina Calvi alude al cansancio de las pasiones y hace foco, también, en

las relaciones amorosas de la posmodernidad. Tiempos difíciles; duelos difíciles de elaborar. Para los varones, la condición efímera de los vínculos conyugales oculta, tal vez, la permanencia de los vínculos filiales. De modo tal, que la evitación del “compromiso” afectivo de los varones, esa fobia generalizada a los vínculos íntimos intensos, pudiera inscribirse como resistencia a dejar caer el amor a un objeto original, a una madre idealizada que los defraudó apartándolos, empujándolos al mundo de los hombres. No debemos olvidar que esos varones treintañeros, cuarentones, cincuentones de hoy en día, fueron criados por mujeres que supieron de las ilusiones de liberación femenina que alentaron los años 60 y los 70. Así, en esa secuencia de contactos *light* que sostienen los varones, sobrevive el duelo no resuelto por la pérdida del amor de una madre; amor que se sostiene imaginariamente cumpliendo con una fidelidad incorruptible.

Otro es el duelo para las mujeres: han optado por el ideal de autonomía e independencia (que los tiempos imponen) para reemplazar el modelo de sus madres, y eso las ha dejado un poco huérfanas, un poco culpables por haber triunfado allí donde sus madres eligieron someterse. Y esa culpa se paga. Triunfar allí donde sus madres fracasaron no es un acto que pueda pasar inadvertido para el superyó; se paga con la soledad que disimula la independencia. Mujeres autónomas, un poco más libres, travestidas de mujeres abandonadas, que pagan con el sufrimiento y una adhesión anacrónica al discurso del amor romántico, la “herejía” de su independencia. Estrategia, al fin, para hacerse perdonar por haber “traicionado” el camino de la sumisión; por no haber cumplido con su misión; dolor sentido por haberse rebelado al sometimiento que les estaba destinado.

Así, las mujeres (sobre todo las mujeres de clase media) recuerdan tarde, más allá de los 35 años (cuando la curva de fertilidad cae a pique), que se les ha olvidado tener hijos, alentadas por el vértigo de una vida agitada basada en el “más adelante”. Como si ese “más adelante” pudiera hacer

caso omiso del reloj biológico. Y hay algo más: esa asimetría que posiciona a las mujeres dependiendo del amor, allí donde los varones huimos de los “compromisos”, suena a reclamo escrito en otra parte: por momentos se nos aparece como un guion declamado por mujeres, pero dictado por un universo masculino que necesita ubicarse como destinatario de demandas, para atenuar la angustia por no haber sido suficientemente amados.

Cansancio de las pasiones afirma Bettina Calvi; cansancio de las pasiones, sí, pero cansancio de las pasiones heterosexuales, no de las homosexuales. Tal parecería ser que en los tiempos que corren las pasiones han quedado depositadas y asumidas por los vínculos homosexuales; pasiones que llevan al extremo su existencia y la exigencia de un reconocimiento social y legal. Si los varones heterosexuales no se “comprometen”, los varones *gay* no solo se comprometen, sino que se casan y aspiran a que el Estado los convalide y les permita adoptar niños.

Cansancio de las pasiones heterosexuales que el psicoanálisis deconstruye a partir de la propia pasión de la autora. Reflexiones que emanan de una singular producción psicoanalítica. Porque la psicoanalista espera, no sugiere nada, no propone otra tarea como no sea la de dejar que las palabras vengan y discurren. La psicoanalista se sitúa más allá del campo de los intereses sociales y mundanos; más allá de la intención de cumplir con fines determinados.

“Por nuestra parte, –le dice Freud a Ferenczy, su anfitrión en Budapest– rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos. Rehusamos estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y rehusamos, también, intentar formarlo con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza.”<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Freud, S (1919 [1973]) *Los caminos de la terapia analítica*. Madrid. Biblioteca Nueva.



Así, la psicoanalista espera, y esa espera indeterminada determina la provocación del otro. La aparición de la diferencia.

La psicoanalista espera y esa espera indeterminada, determina el espacio para que se despliegue la transferencia de quien está en análisis.

La psicoanalista espera, nada sugiere, no propone nada. Se deja arrastrar. Pero, esa espera no es una espera pasiva: no es la espera de un testigo inmóvil; *voyeur* que goza ante el espectáculo de un discurso desnudo. La espera analítica es asiento de una singular fortaleza. Fuerza que garantice la producción de una diferencia allí donde la sugestión tiende a la reduplicación mimética, a la copia, a la imitación.

Si la espera confiada implica, también, la provocación de las fuerzas reprimidas que la cultura intenta controlar, desviar o proscribir, la eficacia del análisis –antes que en la elucidación de la verdad histórica– habría que buscarla en el reordenamiento de lo humano no asumido.

Decía antes que la psicoanalista espera, no sugiere nada, nada propone. Pero, la psicoanalista que espera no es neutra, ni distante, ni espectadora prescindente. La neutralidad analítica supone una proximidad casi hasta la incandescencia. Y esto no es otra cosa que esfuerzo y padecimiento. La neutralidad analítica es una operación activa. Tan activa como que su ideal es ser muda, no explícita. Activa operación de renuncia a los valores, ideales y deseos. Activa operación de desestimar las preferencias propias, para liberar el espacio al deseo del analizando.

La psicoanalista espera, se deja arrastrar, nada sugiere, no propone nada. Pero la psicoanalista que espera no es neutra y su espera es apasionada. “Pasión por la alteridad” que caracteriza de la mejor manera lo que ocurre en un análisis. El término es de Roustang y sería bueno no confundirlo con el altruismo, ni con el amor. Hay algo de invasión recíproca, de entrega al otro, de anhelo de perpetuidad en el altruismo y en el amor, que le es ajeno a esta pasión por la alteridad. Esta pasión por la alteridad es un tipo muy especial de pasión.

Está siempre en duelo consigo misma. Se trata de una pasión ambigua, paradójica, ya que intenta mantener al otro, libre de la propia pasión del analista. Además, es una pasión que cuando obtiene lo que busca –esto es: la alteridad– se extingue negándose a sí misma.

La ética de la analista se apoya, entonces, en este oficio de alterizadora. Relaciones pasionales que nacen y viven con el compromiso de extinguirse. El psicoanálisis es, así, una pasión a término. Pasión destinada a desaparecer sin dejar rastros. Aunque esta sea una vana utopía.

Esta finitud por contrato diferencia al análisis de cualquier otro vínculo que solemos establecer. Toda relación amorosa elude la ruptura y esta, cuando ocurre, es contingente, pero no constitutiva. Solo el análisis, como el vínculo edípico, florece para ser sepultado. El fin del análisis –como meta y como terminación– es un imperativo lógico más que accidental. El análisis aunque tiende a permanecer, nace para terminar.

Disolución o resolución de la transferencia, como quiera llamarsele, todo el proceso analítico se convierte en el aprendizaje de una separación guiada, garantizada, por esta pasión por la alteridad. Es el aprendizaje de un duelo, decía hasta el cansancio Pichon- Riviere hace más de medio siglo.

También este prólogo ha nacido para terminar, aunque la incitación del texto haya disparado un hipertexto infinito que bien podría recibir el título de “Tenemos tanto que aprender de los pingüinos” si no aceptamos el de “La reinención del amor”.

## Introducción

En estas páginas he tratado de bosquejar una estrategia para abordar las relaciones amorosas y su rescate en el mundo contemporáneo. En primer lugar, quisiera señalar las razones por las cuales en el presente asistimos a una aniquilación de la idea misma del amor, en un tiempo diseñado para la esclavitud laboral, informática y consumista. Por otra parte, quisiera proponer el redescubrimiento de la energía de la palabra en la relación con las personas como clave de conocimiento y de placer.

Con esta última propuesta –que puede parecer ilusoriamente reparatoria– intentaré rescatar las lógicas amorosas, tal como se presentan en nuestra época, en tanto preservan, protegen y estimulan el ser del lenguaje y nutren el discurso amoroso.

Además presentaré diálogos, cuyas significaciones se despliegan como un espectáculo complementario a las características escenas de amor de todos los tiempos, y que contienen los rasgos que singularizan las nuevas formas de establecer contactos, vínculos, relaciones amorosas. Finalmente, quisiera señalar que he recurrido a la necesaria escucha atenta del lenguaje cotidiano, he prestado oídos a las novedades y hallazgos del habla y a la posibilidad de recrearnos en el lenguaje como fuente de humor.

He escuchado a mujeres y varones de distintas edades, provenientes de distintos lugares del mapa social, y he notado el modo en que la tecnología impacta en la producción

de subjetividad de nuestro tiempo. Indudablemente estas nuevas modalidades de contacto/comunicación representan un avance crucial respecto de las posibilidades humanas de organizar no solo la actividad intelectual e incrementar la creatividad, sino que a su vez facilita y vuelve más accesibles los encuentros... ¿con otros?

Los vínculos, en sus aspectos más creativos, también han sido fuertemente singularizados por este *mènage a trois* que la inclusión de la tecnología significa. Los momentos de construcción de los nuevos lazos sociales presentan una riqueza que no debe ser menoscabada ni desaprovechada en su posibilidad de aportar nuevos elementos de análisis de la subjetividad contemporánea. Ante el impacto de lo nuevo, el antiguo edificio se tambalea, ya ofreciéndose como el único que permite la solidez de la estabilidad o bien como aquel capaz de ofrecerse a la mirada solo en las tristes grietas de su estructura. Pues bien, tal vez no sea ni lo uno ni lo otro.

Es probable que ya sea tiempo de que seamos capaces de descubrir nuevas alegrías luego del profundo pesimismo al que los rasgos de nuestro tiempo nos arrojan. Una mirada crítica sobre el sujeto contemporáneo no necesariamente nos lleva a la infelicidad. No obstante nos exige, sin dudas, el despliegue de nuevos recursos; como ocurre con toda situación nueva que desequilibra lo construido hasta el momento y en las que las herramientas mismas que tenemos para abordarlo parecen sernos insuficientes.

El sentido común podría inducirnos a creer y a sostener que la época en que vivimos está atravesada por la “dificultad de los encuentros amorosos”. Sin embargo, mi propósito consiste en descubrir lo que puede estar oculto en esta idea; determinar cuáles serían los nuevos modos en que se entablan las relaciones amorosas cuando, si bien aún persisten los modelos o los viejos códigos, se percibe un cambio en la subjetividad que provoca la inadecuación de esos modelos y que parece conducirnos al fracaso o la decepción.

Esta situación puede llevar a suponer –entre quienes están involucrados en estas relaciones o estos encuentros– que se trata de una dificultad personal (fracasos anteriores, generalizaciones que conllevan una verificación del tipo “todo los hombres son iguales” o “todas las mujeres son iguales”, “no hay hombres para mí”, “ya no hay mujeres de verdad”, “nadie se quiere comprometer”...); sin embargo, intentaremos desentrañar para intentar ir más allá de las declaraciones personales cuáles son los factores sociales, económicos, culturales que inciden en las relaciones (¿amorosas?) así como también atender a los cambios en la constitución de las subjetividades y los nuevos imaginarios sociales.

Si bien tal como el movimiento romántico lo muestra en su mayor despliegue, amor y sufrimiento se entraman en forma permanente, en nuestra época ese sufrimiento amoroso presenta rasgos absolutamente singulares y diferentes. Muchos y de variado orden son los factores que inciden en esos cambios.

En primer lugar, puede sorprender el hecho de que en esas actividades desplegadas por las mujeres que significaron conquistas importantes en el espacio social (puestos de trabajo, de gobierno, organizaciones para paliar el maltrato del que son víctimas, y otras...) haciendo hincapié en las conquistas de espacios sociales y económicos que las sitúa en muchos casos en situaciones que se supone favorecerían los contactos, sin embargo, el desencuentro se profundiza.

*No sé si resulta lo bastante claro que aunque las mujeres hayan logrado independencias sociales y económicas, uno de sus cautiverios se mantiene al persistir las dependencias afectivas en los lazos amorosos.*

Se podría decir que el paisaje cambió abruptamente también en los modos con que las mujeres establecen vínculos amorosos. Hace veinte años ellas respetaban con celo y extremo cuidado las estrategias femeninas que la cultura recomendaba e imponía, pero eso ya no ocurre. Este cambio es vivido como una amenaza para los hombres, quienes

sienten que el lugar que siempre tuvieron en torno a las relaciones amorosas se ha desplomado. Por su parte, los varones han modificado también sus modos de relacionarse con las mujeres.

Podríamos pensar que es toda la estructura de elección de parejas la que ha cambiado, como también ha cambiado la importancia capital del amor en la experiencia subjetiva.

Admitida la concomitancia entre los cambios femeninos y los masculinos, parece, sin embargo, una grave imprudencia suponer que las dificultades en los encuentros amorosos son solo patrimonio de la época que nos toca vivir.

Nuestro recorrido por el campo también nos lleva a distinguir que hasta hace poco tiempo la masculinidad era pensada como algo dado desde el nacimiento y no como una construcción que los varones deben realizar. Y, por lo tanto, tal vez sería más adecuado hablar de masculinidades, ya que no es lo mismo la masculinidad pensada y construida desde el estereotipo patriarcal que dominó la sociedad de nuestro país durante siglos, que las llamadas nuevas masculinidades que inscriben a la mujer como semejante, par, compañera.

El modelo patriarcal que organizara el imaginario social se ha resquebrajado sin remedio, a pesar de los intentos de las ideologías de derecha y sus instituciones por mantenerlo. Ahora bien, ya sin ese suelo firme que ubicara a hombres y mujeres en lugares fijos y predeterminados, la crisis adviene. Ellas ya no son las que eran y ellos no saben qué hacer frente a esto.

Estas nuevas mujeres, que salen finalmente del cauterio de lo doméstico para recorrer e intervenir el espacio público, aparecen como amenazadoras para los hombres. Si ellas se autoabastecen, entonces la relación con ellos deberá fundarse sobre los parámetros de la paridad y la cooperación y no ya sobre el dominio que implicara la asimetría de la dependencia sobre la que se edificaron históricamente las relaciones.

Muchos son los hombres que aceptan que el macho autoritario, y dominado por las irrefrenables necesidades de su género, no es un modelo con el cual puedan identificarse. Pero lo que importa subrayar es que en ese marco comienzan a construir nuevas formas de habitar sus espacios. De este modo también han logrado nuevas formas de sostener la paternidad, más francas, espontáneas y comprometidas.

Otro rasgo singular de nuestra época podría pensarse en relación al estallido de la familia como institución monolítica, burguesa, occidental y cristiana. Estallido que ha producido también nuevas formas de organizaciones familiares. No ha sido el mismo el efecto provocado por el derrumbe de la institución matrimonial. La caída del matrimonio como institución no ha generado otras formas de compartir la vida sino más bien, y en muchos casos, ha traído aparejada nuevas estrategias o modalidades de relación por las cuales se tiende a evitar de todo proyecto que involucre una idea de pareja conforme a los modelos más tradicionales.

De todos modos, aun cuando este texto es el resultado de varios años dedicados a la práctica clínica y a la investigación, no pretendo por esto conferirle un estatuto científico; en todo caso, intento presentar algunas reflexiones en torno a los modos del amor en nuestra época. Quisiera precisar, además, que mi punto de partida es justamente el reconocimiento de la vigencia del otro como condición y parte de la estructura del sujeto.

Mucho se ha escrito sobre el amor y mucho se ha escrito ya sobre esta época en que vivimos. Sin embargo, creo que los encuentros amorosos *se parecen cada vez más a un desencuentro permanente que manifiesta diferentes aristas*, y esto se debe, entre otras cosas, a que no se experimenta de la misma manera en todas franjas de edad. Es así que entre aquellos que tienen entre 17 y 30 años han ido apareciendo nuevos códigos que distan mucho de las tradicionales concepciones del amor romántico, aunque no podría afirmarse que se trate de códigos generalizables y extensibles a la

mayor parte de esta franja etaria, sino que son construidos solo por algunos grupos de esta. Mi interés en incorporarlos al análisis se debe a que hasta hace algún tiempo estas modalidades solo aparecían asociadas al género masculino.

Además, me interesa precisar que con este libro intentaré desarrollar algo más que una conceptualización teórica de los problemas sociales; más bien mi interés está centrado en el intento de transmitir una práctica social –las relaciones amorosas–, posicionada desde un enfoque clínico. Las fuentes de las reflexiones que presento en este libro provienen de mi práctica clínica en consultorios (tanto de pacientes como de supervisiones) y del material obtenido mediante entrevistas realizadas por franjas etarias en distintos sectores sociales de la ciudad de Rosario a lo largo de los años 2008 y 2009 y, por último, del trabajo realizado en un albergue estatal para mujeres víctimas de violencia familiar.

Las relaciones amorosas constituyeron el sustrato de la tipología que me permitió seleccionar a las mujeres y a los varones con los cuales he ido trabajando. A la vez, la complejidad que significó determinar la tipología fue la misma que orientó los criterios con los que he definido las características más sobresalientes de las relaciones de la época: la dificultad de encuentro y de construcción del lazo amoroso.

Las dificultades encontradas fueron de diversa índole y gravedad, es decir, desde la dificultad de construir vínculos hasta graves situaciones de violencias de género.

Los mismos problemas fueron investigados con sujetos (varones y mujeres) adolescentes, jóvenes y de mediana edad, pertenecientes a diferentes sectores sociales, con distintas ocupaciones, es decir, con vidas distintas.

Cabe aclarar que la condición establecida para los intercambios realizados (en el caso de encuestas, entrevistas, grupos) consistió de mi parte en mantener absoluto respeto a su integridad personal y silencio en cuando a su identidad personal. Cuando en el texto se hace mención a alguna

persona en particular, tanto su nombre como todos los datos que permitan reconocerla han sido modificados.

Las relaciones amorosas forman parte de la vida de todos los seres humanos y por lo tanto es un tema que nos atraviesa, nos confronta y nos problematiza permanentemente.

Resulta importante precisar que actualmente nos encontramos confrontados con los efectos que las transformaciones de la época han provocado en el psiquismo y, por lo tanto, en los vínculos, en las relaciones.

Se trata de una época que resulta deslumbrante y atemorizadora a la vez, donde la tecnología abre un mundo insospechado desde hace veinte años, dejando al descubierto como la miseria de muchos convive con el poder ilimitado de unos pocos.

Mientras tanto aparecen como características de las relaciones, la fugacidad, el “descompromiso”, el miedo a la cercanía del otro humano.

En la actualidad se encuentra con frecuencia tanto en la vida cotidiana, como en los consultorios psicológicos, la narración de episodios que pareciendo aludir a encuentros amorosos, muestran un vacío en torno de ellos. Así se hace presente la problemática de los vínculos.

Es importante aclarar que el vínculo, desde la tesis psicoanalítica, tiene calidad inconsciente. Es decir, se entabla en el nivel del psiquismo de dos personas o más incluyendo las representaciones, deseos, de cada una y creando una ligadura especial entre ellos.

Lo propio de los vínculos reside en la complejidad que revisten. Esta complejidad se debe a la resistencia que se suscita entre los posicionamientos narcisistas personales recíprocos y al mismo tiempo lo intransmisible de cada sujeto. Esta no solo es una particularidad generadora de permanentes malos entendidos sino que el vínculo ejerce su propia capacidad de tramitar y elaborar situaciones conflictivas a pesar de tales tensiones.

La Modernidad se presentaba como un espacio complejo donde era necesario mutar sin cesar de un régimen de valores a otro. En cambio, la posmodernidad instituye un tipo de espacio cambiante donde todo se vuelve flexible. Hasta los valores.

Otro rasgo singular es el modo en que van adquiriendo forma los pequeños relatos de uso local, así vemos aparecer distintas tribus: los vegetarianos, los budistas, los dark, los internautas, en fin cada una con sus propias fijaciones referenciales. El vínculo social se dispersa en múltiples agrupaciones sociales con referentes propios...

Lo posmoderno se correspondería entonces, con la ausencia radicalmente nueva en la historia de Grandes Sujetos. Tal vez el "amor" sea uno de ellos.

Tal como el sociólogo alemán Zygmunt Bauman (2005) lo afirma, esta época refuta la solidez y la durabilidad de las emociones y los sentimientos. Lo sólido resulta insoportable y las leyes de la economía de mercado exigen liquidez, velocidad y no estar atado a demasiado compromiso.

Dentro de la economía de mercado se enfatizan los atributos de los objetos y su funcionamiento. De todos modos la oferta es muy grande y nada es para siempre. Incrustadas estas leyes en la subjetividad, amores y objetos de consumo quedan homologados.

Nos encontramos con "individuos" (utilizo el término intencionalmente ahora para diferenciarlo de sujeto y no en la acepción winicottiana del mismo) desubjetivizados, algunos autores como Marta Gerez Ambertín se refieren a ellos como individuos que están fuera del discurso, sin ser psicóticos. Parecen estar privados de la palabra como podemos observar en algunas tribus urbanas.

Otra cuestión a tener en cuenta es que los llamados incluidos del sistema pueden ser solo consumidores que quedan fuera del lazo social para gozar solitariamente con los objetos que el mercado les impone.

Hablar de desubjetivación es pensar en una máquina de desvínculo o en la soledad misma como único vínculo. Así nos encontramos con soledades yuxtapuestas en una especie de goce global. Tal vez sea ese el goce del capitalismo que conlleva justamente la renuncia al goce humano. Recordemos que el rechazo de la castración y de lo que podríamos llamar "las cosas del amor" precipita a un goce.

Nos encontramos con individuos atravesados por la angustia, la soledad, los cortes en el cuerpo, las adicciones y las relaciones circunstanciales. Para sanarlos, el mercado y sus operadores, les ofrecen psicofármacos.

Es preciso no olvidar que la humanidad misma implica el lazo social, por lo cual esta problemática del desencuentro y la imposibilidad con la que nos encontramos diariamente, resulta de gravedad.

Nos encontramos en una sociedad que alimenta cada vez lazos más perversos que reducen el sujeto a la cosa. Por lo tanto es preciso contrarrestar esta tendencia a cosificar, intentando que nuestras prácticas profesionales intenten recuperar la subjetividad de quien nos consulta.

En este contexto aparecen relatos nostálgicos y apocalípticos que preconizan la muerte misma del sujeto, atacando a la tecnología (computadoras, videojuegos, redes informáticas, etcétera.) como a uno de los monstruos causantes del desastre. Dichos relatos terminan reivindicando la idea de que todo tiempo pasado fue mejor. Para comprender las subjetividades masculinas y femeninas es necesario partir del supuesto general de la construcción social histórica de la subjetividad. La forma de ser, de pensar y de comportarse de las personas no es, como se pensó en el siglo XIX, un subproducto de su funcionamiento biológico, genéticamente determinado. Somos contruidos por nuestros otros significativos, nos formamos al interior de los vínculos intersubjetivos, que no solo están atravesados por el deseo inconsciente, como ha develado el psicoanálisis. No basta con

considerar, como bien expresó Laplanche, que los mensajes enigmáticos que transmite el inconsciente sexualizado del adulto producen una implantación exógena de la sexualidad en los niños. Recordemos también que la sexualidad, tal como nos enseñó Foucault, tiene una historia. La pulsión se fragua en un contexto social, cultural, institucional.

Lo cierto es que no se sabe aún si cambiarán las formas de la percepción de la realidad a partir de las transformaciones que la tecnología provoca. Resulta claro que estamos ante nuevos modos de organización de la información y se encuentran nuevos modos de recomposición de los modelos de pensamiento.

En los niños y adolescentes se observa que capturan de modo distinto, inmediato, las posibilidades de una imagen donde la narrativa clásica no tiene cabida. Pero en los adultos conviven aún los modelos tradicionales de pensamiento con estos nuevos modos y esta coexistencia da origen a muchas situaciones paradójales.

De todos modos, finalmente y a pesar de todo, el hombre sigue siendo el desprendimiento carnal y amoroso de otro ser humano.

La otra cuestión a tener en cuenta para pensar los modos de producción de subjetividad de la época es la ética. Ya que las condiciones de existencia de una sociedad no se proyectan hacia el futuro sin una cierta universalización ética, que opera como imperativo categórico para el universo de sujetos que incluye. Esta es una cuestión relevante, ya que determina la condición del semejante y repetiremos hasta el cansancio que el sujeto no puede existir sin el otro. Una generación tras otra pierde su humanidad en las miserias de la época.

La palabra, esa palabra herida, es, no obstante, el eje fundamental de nuestra vida de relación.

Sin embargo la idea del amor persiste, podría ser la promesa implícita en los resabios del lenguaje perdido. En este paisaje encontramos sujetos camuflados, sobrevivientes, marginales, huérfanos de lenguaje.

Si el deseo es inseparable del amor, si como Espinoza lo pensaba es la esencia misma del hombre, ese empuje con que el ser humano habita su propio ser, entonces: ¿qué es lo que ocurre hoy con el deseo?

La pregunta nos asalta con la misma persistencia.

Saturado, fagocitado en una multiplicidad de objetos que nublan la mirada y alimentan su desasosiego, el deseo, ese motor del alma humana, queda precisamente desorientado.

El conocimiento de que es imposible orientarlo, darle forma, lograr que pueda encarnarse en un solo lugar, al menos por un tiempo, es lo que mata en nuestra sociedad la imaginación de las personas y tal vez también su ilusión.

Salvo afortunadas excepciones donde algo de la inusitada y vehemente ilusión amorosa logra sobrevivir. Cualquier ejemplo encierra un poco de esperanza pero también es cierto que no exceden su propia singularidad.

Intentamos racionalizar, debatimos con nosotros mismos pero siempre, siempre queda el fantasma del amor.

La ingenua creencia en las segundas oportunidades empaña el cristal de la experiencia borrando justamente lo que le brinda su carácter relevante. La certeza de que todo acontecimiento es único e irreplicable.

La carrera tras de un goce, que se exige inmediato, no permite medias tintas, solo importa cierto placer solitario y libre de toda atadura. Atrás quedan sin más, las palabras del romance y el tiempo de la ensoñación que no tiene lugar alguno puesto que resulta sumamente improductivo.

- MELER, I. (2013) *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires. Paidós.
- PLATÓN (2004) *El banquete*. Buenos Aires. Cuadrata.
- RODULFO, R. (2008) *El psicoanálisis de nuevo*. Buenos Aires. Eudeba.
- RODRÍGUEZ, B. M. (2009) *Climaterio masculino*. Buenos Aires. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).
- SARTRE, J. P. (2009) *El existencialismo es humanismo*. Buenos Aires. EDHASA.
- SENNET, R. (2003) *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Buenos Aires. Anagrama.
- SPINOZA, B. (2009) *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid. Trotta,
- ULLOA, F. (1996) *Novela Clínica Psicoanalítica. Historial de una práctica*. Buenos Aires. Paidós.
- VOLNOVICH, J. C. (2006) *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. Buenos Aires. Topía.
- VOLNOVICH, J.C. (2013) *El dolor y la furia. Experiencias en grupos psicoterapéuticos con niños*. Buenos Aires. Lumen-Humanitas.

## Índice

<b>Palabras preliminares</b> .....	7
<b>Prólogo</b> .....	9
<b>Introducción</b> .....	19
<b>Capítulo 1</b>	
La mirada ética hacia el semejante .....	31
<b>Capítulo 2</b>	
Crueldad, violencias y traumatismos cotidianos en las llamadas “escenas amorosas” .....	35
<b>Capítulo 3</b>	
Subjetividades masculinas y femeninas en crisis. A propósito de algunas diferencias .....	45
<b>Capítulo 4</b>	
Estrategias de armado del amor líquido.....	61
<b>Capítulo 5</b>	
El mito del amor romántico.....	67
<b>Capítulo 6</b>	
Desencuentros amorosos entre los géneros. Algunas historias .....	85
<b>Capítulo 7</b>	
Las fobias del sujeto de la <i>new age</i> .....	107



**Capítulo 8**

El registro del tiempo y sus diferencias en hombres  
y mujeres. Palabras prohibidas ..... 121

**Capítulo 9**

Sin el compromiso de aceptar la diferencia del otro ..... 125

**Epílogo** ..... 135

**Bibliografía general**..... 140

